

Martínez, Angelita

El lenguaje inclusivo. La mirada de una lingüista

1er Congreso de Lenguaje Inclusivo

11 y 12 de abril de 2019

Martínez, A. (2019). El lenguaje inclusivo. La mirada de una lingüista. 1er Congreso de Lenguaje Inclusivo, 11 y 12 de abril de 2019, La Plata, Buenos Aires, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.11015/ev.11015.pdf

Información adicional en www.memoria.fahce.unlp.edu.ar



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Primer Congreso de Lenguaje Inclusivo
Defensoría del Pueblo de la Provincia de Buenos Aires
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata

El lenguaje inclusivo. La mirada de una lingüista

Angelita Martínez

UNLP

Empiezo con una anécdota familiar. Durante las vacaciones me encontraba con dos de mis nietas, mellizas de 10 años, y una de ellas, Martina, con picardía, me dice: “Abuela ¿verdad que yo soy la nieta preferida?” Mi reacción inmediata y siguiendo el tono fue: “No, yo tengo tres nietas preferidas y dos nietos preferidos”. De inmediato Cata, la otra melliza, al escuchar mi respuesta, dijo: “Abuela, tenés cinco nietes preferides...”

Me encantó. Me encantó como abuela: me marcó que la verdadera igualdad no sólo era señalar el amor que siento por ellas y ellos sino indicar también equidad de género y me encantó como lingüista porque una vez más visualicé que los hablantes somos seres inteligentes y sistemáticos, capaces de re-categorizar sustancia

semántica a partir de una necesidad comunicativa: la niña utilizó con eficacia la categoría que señala la necesidad de mencionar género no binario e hizo uso de la nueva señal sólo donde era comunicativamente necesario. En su emisión, el numeral (cinco) no fue modificado.

Los cambios estructurales surgen de una necesidad comunicativa que provoca variación y, con el tiempo, impacta en el sistema.

Las necesidades comunicativas de los hablantes pueden tener distintas motivaciones que se relacionan, siempre, con el factor humano.

Puede tratarse de:

- a) motivaciones materiales (descubrimientos, novedades)
- b) motivaciones perceptivas (en general cuando los hablantes están en contacto con otras lenguas)
- c) motivaciones culturales
- d) motivaciones ideológicas

Y el cambio puede sustanciarse tanto en la reorganización del léxico como en la estructura de la lengua.

Cuando se pone en juego la estructura de la lengua, el proceso es, desde mi punto de vista, una ventana a la mente y al funcionamiento del lenguaje: nos permite conocer de qué manera se puede hacer emerger gramática y provocar cambios en el paradigma.

En general, estos cambios, si bien gramaticalmente complejos, pasan desapercibidos como tales, suceden en forma solapada, no explícita, y la comunidad los adopta porque siente que señalan una realidad de la que es necesario dar cuenta: ejemplo de esta naturaleza de cambio en nuestra sociedad es el empleo transitivo de formas verbales consideradas por la gramática como intransitivas: *lo desaparecieron*, *lo suicidaron*, *lo fueron* constituyen cambios que se instalaron en las últimas décadas y hoy resultan de empleo habitual. El uso del acusativo *lo* en vez del dativo *le* en expresiones como *hasta al cura de la iglesia lo robaron* también acusa un cambio lingüístico novedoso relacionado con la conceptualización del delito callejero (Martínez, i.p.).

Y la *a* de *una* en lugar de la *o* inclusiva de *uno*, por ejemplo: *una siente que el tiempo no se detiene*, es un antecedente —solapado— del impacto, en la lengua, de la lucha feminista.

Pero algunas veces, los motivos que subyacen a la propuesta de cambio se explicitan y el lenguaje, entonces, es interpelado. Esta

situación concientiza la manipulación de la gramática y se produce el debate en el que afloran conceptualizaciones, creencias y prejuicios sobre los seres humanos y sobre las lenguas.

Se genera militancia y resistencia y el cambio, que pretende visibilizar una realidad, se constituye, a su vez, en símbolo de esa militancia y de esa resistencia.

El caso que nos ocupa en este congreso, el llamado lenguaje inclusivo o incluyente, corresponde a este último tipo: se está interpelando al lenguaje en tanto traductor de una situación social que requiere ser reparada. Se halla en juego, nada menos, que la condición humana.

En consecuencia, como la lingüista apasionada que siempre he sido no puedo más que mirar este proceso con sumo interés y con entusiasmo: Un grupo de personas siente la necesidad de comunicar algo trascendental y, como es habitual, busca los medios que le brinda el sistema lingüístico para lograr el mensaje intentado. Para ello, acude a las herramientas que le provee la lengua en su estado actual, entonces combina y recombina unidades. Lo hace a nivel discursivo: *todos y todas, alumnos y alumnas*, a nivel gráfico (la x y la arroba), a nivel léxico, al impulsar el empleo de unidades como

sororidad o *mixidad*, pero advierte que ni las estrategias discursivas, ni las gráficas, ni la utilización de léxico novedoso alcanzan, que se necesita más y entonces acude a intervenir la morfología de la lengua.

La estrategia se torna lingüísticamente más compleja porque el paradigma se reestructura. ¡Plato fuerte para una lingüista apasionada que considera que el lenguaje es un instrumento de comunicación y que quienes usan la lengua no son, simplemente, personas depositarias de un código, sino las verdaderas dueñas del instrumento comunicativo! Y en tanto seres inteligentes, capaces de recrear las posibilidades que el código les brinda. Por ello el uso del lenguaje es, fundamentalmente, creativo y la sintaxis semántica y pragmáticamente motivada.

Creo que estaría de más demorarnos en señalar cómo las Academias de la lengua a través de sus representantes desestimaron estos usos en nombre de la arbitrariedad del sistema lingüístico. Los medios masivos de comunicación no dejaron de difundir su palabra que, por lo tanto, se hizo de dominio público. Sólo quiero manifestar mi desconcierto ante esa postura, en especial, cuando algunas de esas voces provienen de lingüistas que han dedicado su vida a analizar el cambio.

Estoy de acuerdo en que en la lengua española están categorizadas dos clases de género. Podríamos llamarlas clase 1 y clase 2. Estas dos clases no están semánticamente definidas como género humano ya que la mayoría de las palabras en ambas clases describen cosas y conceptos abstractos e incluso palabras que describen lo animado pueden referir a ambas clases: (persona, jirafa). Sin embargo, esta realidad del sistema lingüístico, que ha contado como argumento de los detractores de la matriz del cambio, no implica desconocer que, al menos para un grupo importante de nombres, estas clases de género en español tienen que ver con el sexo (varones e incluso pertenecen a la clase 1 y mujeres a la clase 2) a través de una concepción binaria del género. Y que ese paradigma ha ido marcando la lengua española a través de cambios profundos en su historia.

Por ello me resultan extrañas reflexiones académicas que señalan que un cambio gramatical tan grande como éste nunca se vio en la historia.

En efecto, los cambios lingüísticos se suceden en todas las lenguas. Una lengua deja de cambiar cuando por alguna razón deja de

hablarse. El ejemplo más cercano a nosotros es el latín clásico al que sólo tenemos acceso a través de los textos que se han conservado.

El estudio del latín clásico permite conocer, entonces, el pensamiento de Cicerón, de César, de Tito Livio, de Tácito, pero también el pensamiento de una época porque el sistema de la lengua empleada en el siglo I antes de Cristo es, sin duda, el reflejo de la ideología de ese momento histórico. En efecto, la morfosintaxis y el léxico, así como el discurso, no son arbitrarios, por el contrario, están cargados de ideología.

Pero como todos sabemos a través de la historia de la lengua, el latín hablado por la mayoría de las personas devino, a través de las conquistas, en las lenguas romances y una de ellas es el español. Y, lógicamente, para que eso ocurriera, sí se sucedieron cambios gramaticales muy grandes.

Y ¡oh sorpresa!, cambios que sí tuvieron que ver con el género!

En efecto, son notorios los cambios relacionados con el género que, desde mi punto de vista, abonaron una ideología sexista que se prolonga hasta el momento.

Veamos, rápidamente, dos de ellos:

Había en latín, y también en indoeuropeo, tres géneros: masculino, femenino y neutro. Con poquísimas excepciones, la lengua española dividió el mundo en masculinos y femeninos y hombres y mujeres se mantuvieron en clases separadas. Tiendo a pensar que el masculino llamado inclusivo, devino de la no conceptualización de la mujer en una sociedad de *pater familiae* como la latina: *homo hominis lupus* (el hombre es lobo para el hombre); *qui scripsi bis legit* (quien escribe lee dos veces) (¿masculino inclusivo o más bien sólo masculino?)

Así el binarismo de género (y el patriarcado) se fue inscribiendo en la nueva lengua, tanto en el discurso (el uso) como en la gramática (el sistema).

Porque las gramáticas de las lenguas son creaciones humanas, de naturaleza emergente y, por lo tanto, no son neutrales, están sesgadas por ideologías. Y por eso la lengua cambia. Cuando la explotación del sistema no da cuenta de nuestras necesidades comunicativas, buscamos nuevas soluciones.

Veamos otro ejemplo de cambio:

¿Qué es el llamado leísmo, laísmo y loísmo del norte de España sino el producto de un cambio lingüístico que implica la recategorización de un sistema para privilegiar al masculino? Una vez más, como con la pérdida del neutro, se pasa de un sistema tripartito de caso/ género (*lo* y *la* para el acusativo y *le* para el dativo) a un binarismo que tiene que ver, sorpresa nuevamente!!, con el género/sexo: *Le* ví, *le* regalé un libro (queda reservado para los hombres) vs. *la* ví, *la* regalé un libro (si se trata de una mujer). Se pierde el sistema de caso etimológico para señalar solo el género. ¿No es eso reflejo de ideología sexista en tanto *le*, la forma que fue seleccionada y aceptada para señalar a los hombres significa, justamente, un referente más activo que *la*?

¿No es eso evidente si la forma menos activa *lo*, la que refería etimológicamente a los acusativos masculinos, se reserva para mencionar a referentes no discretos —agua, harina, por ejemplo— sin tener en cuenta el género de los mismos?

La razón de este sesgo dominante, incluso en zonas no leístas, que selecciona *le* con mayor frecuencia para el masculino, puede ser visto en el hecho de que los dativos, en contraste con los acusativos, son altamente topicales y valores culturales de la mayoría de las comunidades de habla españolas, caracterizadas por valores tipo

“macho”, motivan el hecho de otorgar a los masculinos un rol más activo que a los femeninos (García 1991).

Como vemos, la gramática –emergente- se va modelando continuamente. Mi gran maestra decía: la sincronía es dinámica y la diacronía es estática, en una paradoja que apuntaba a entender la matriz del cambio y la permanencia de las ideologías en el cambio ya consumado.

¿Qué está pasando ahora con esos valores tan inmersos en el sistema lingüístico del español? El pensamiento posmoderno ha visibilizado y valorado las diferencias y la experiencia nos permite asimilar la realidad que se ilumina con el conocimiento. Como hemos señalado, las estrategias discursivas, que, como tales no modifican los paradigmas de la lengua, se han mostrado poco eficaces para denunciar la situación. Los hablantes, entonces, intentan un cambio más profundo, que apunta al paradigma de la lengua. El empleo del fonema *e* adquiere estatus de morfema: se llena de significado: *les alumnes*. Esta elección es la matriz de una posible reconstrucción del paradigma de género, que quedaría constituido así:

MASCULINO O (S)

FEMENINO A (S)

OTROS E (S)

La sustancia semántica que categoriza el paradigma plural sería: “diferente de uno + género” y el género categorizado como masculino, femenino y otros. La categoría *otros* corresponde a lo que no es masculino ni femenino porque, o son ambos a la vez o bien se trata de una opción diferente¹.

La pregunta sobre la posibilidad de que esta intervención en el sistema lingüístico se consolide en cambio no merece mucha reflexión. El cambio lingüístico no puede predecirse porque son muchos los factores que van influyendo en su posible concreción. Una categoría gana su lugar en la gramática sólo si la comunidad siente que necesita llenar ese espacio de vacancia. Pero si realmente la necesidad se instala, la sociedad adoptará el cambio más allá de todos los debates y de toda la censura.

El proceso puede llevar largo tiempo y registrar avances y retrocesos. El paradigma naciente tendrá que celebrar aciertos y

¹ En inglés americano la forma *they* como pronombre singular de género no binario ha sido ya reconocida por la sociedad de dialectología americana por su uso emergente como pronombre para referir a una persona conocida, por parte de quien, como elección consciente, rechaza el binarismo tradicional de género/sexo que propician las formas *he* y *she*.

soslayar dificultades de orden comunicativo (algunas de ellas fueron explicitadas en el conversatorio del día de ayer) y se irá sincronizando como la manera más adecuada de reflejar el reclamo social.

Quienes opinan que los cambios no comienzan en la lengua, sino que comienzan en la sociedad, están en lo cierto, pero no han advertido que la sociedad ya ha cambiado, ha percibido la discriminación, la humillación y la injusticia y quiere comunicar la necesidad de igualar.

Quienes opinan que se trata de un cambio elitista porque se manifiesta con fuerza entre estudiantes de ciertos colegios, universidades y discurso público, no han advertido que el cambio lingüístico siempre se inicia por algunas voces, por algún grupo de personas que manifiesta mayor sensibilidad ante la situación y se va difundiendo, de a poco, en otras esferas sociales.

Por último, quienes opinan que la gramática no se halla fuertemente ligada a la función comunicativa y que, por lo tanto, los cambios sociales, culturales e ideológicos no se expresan en la morfosintaxis, seguramente han advertido que se trata de una hipótesis que debe ser demostrada. Lo que deseamos recordar es que, como es sabido, una

hipótesis negativa no puede ser demostrada científicamente. Es decir, no se podrá demostrar que la gramática no entraña cuestiones sociales y culturales. En todo caso, si se parte de esa premisa, lo que debería demostrarse es la arbitrariedad de la gramática, hecho que resultará francamente difícil ante la evidencia del cambio.

Conclusión

En el sistema duerme el discurso: la intervención del sujeto, el talento humano, los actos fallidos. Con el sistema se puede construir discurso que discrimina o que no discrimina, que valoriza o desvaloriza, que solidariza o humilla. Pero el sistema en sí mismo no es inocente, se va construyendo sobre la ideología imperante. Por eso mismo, cuando cambia el paradigma ideológico, el sistema requiere reparación.

La reacción tan exacerbada que se manifiesta entre académicos y no académicos se debe a que la estrategia lingüística que hemos tratado de analizar activa dos prejuicios que se hallan muy presentes en la sociedad.

Por un lado, la creencia —desde mi punto de vista desafortunada— en la “pureza del lenguaje” y en el peligro de “la corrupción del

mismo” que está difundida y consolidada en la mayoría de las instituciones educativas. Es más, la idea de que hay un lenguaje ideal y un habla corrupta continúa vigente en ámbitos académicos así como siguen vigentes la teoría de la oración y los resabios de la teoría de la proposición lógica. En esos ámbitos, la confianza en una sintaxis arbitraria e innata constituye el motor que impulsa la resistencia.

Por otro lado, la visión binaria del género de las personas y la consecuente resistencia a la conceptualización y visibilidad de otros géneros humanos.

Por los mismos motivos, no debería sorprendernos que, en el marco de la realidad cruel y la herida social que nos aqueja, pero, también, de los cambios sociales y políticos sobre las cuestiones de género que han tenido lugar en los últimos años, se apelara a cambios lingüísticos que tradujeran una nueva ideología y una nueva comprensión de la realidad y que ciertos interlocutores como los niños y los jóvenes y que ciertos ámbitos, como algunos colegios y la universidad, por ejemplo, sean sensibles y permeables al cambio y, en consecuencia, impulsores del mismo.

Por ello, hoy celebro pertenecer a esta Universidad, tanto como celebro que mis nietes sean sensibles al cambio.

Referencias

García, E. (1991) Social bias, communicative needs, and frequency of use as factors in grammatical change. Ms.

Martínez, Angelita (2019). Cuando la mano invisible se visibiliza.

La conciencia social y el cambio lingüístico.

<https://glotopolitica.com/2018/11/22/cuando-la-mano-invisible-se-visibiliza-la-conciencia-social-y-el-cambio-linguistico/>

Martínez, Angelita (i.p.) El juego intra-paradigmático. Una mirada al uso actual de los clíticos en Buenos Aires. En Stern, Nancy, Ricardo Otheguy, Wallis Reid & Jaseleen Sackler (eds.), Columbia School Linguistics in the 21st Century. Benjamin. New York.

